

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

tormenta de verano

ACABAMOS de despertar de una horripilante pesadilla natural, de una de esas tormentas de verano que estallan en la mitad del sueño y que obligan a una acción enérgica con los elementos —¡pobres elementos!— a nuestro alcance, cuando el periódico nos servía el relato de un fragoroso acontecimiento para el cual no valían medidas provisionales, cuyo pavoroso alcance excedía a cualquiera de los humanos cálculos y de las previsiones: el terrible terremoto que destruyera la capital de la Macedonia yugoslava, Skopje. Aún no repuestos del modesto pero cierto sobresalto que había alterado las horas de nuestro reposo, acontecía, a distancia relativamente corta y a un paralelo no distinto en demasía del que vivimos, un siniestro irremediable de los que causan dolor en la calle y en los cafés invitan a los filósofos de turno a trascendentes reflexiones. Contemplar la desaparición de una ciudad, de una ciudad de hoy rigurosamente levantada con el hierro y el cemento, es volver a los episodios más duros de la gran historia, retrotraerse a Nínive, enfascarse en las páginas bíblicas de la destrucción. Nuestra tormenta nocturna y casera, el estampido próximo de las centellas, quedaban reducidos a su dimensión de ensayos, de explosivos y ruidosos ensayos naturales, no muy lejos de la acción principal, quizá como aquellos tres golpes de vara que el alcalde daba contra el suelo instantes antes de empezar la función. Sin embargo, para nosotros ya tenían virtualidad esos anticipos por partida triple. Nos indicaban que las condiciones naturales exceden al hombre, simple parásito de una tierra que es más dura que su tierna y vulnerable carne. Cualquiera de los ríos que cruzan por los parajes del hombre es capaz de envolverle y de arrollarle; cualquiera de los movimientos sísmicos inexplicables puede de un golpe hacer añicos el cuadro natural de su vida y ambiente; por lo que respecta a los fenómenos meteorológicos, el estampido de un trueno, los haces de un relámpago exceden la capacidad visceral del ser humano. Los árboles, las rocas, están preparados para la climatología; no así el hombre, cuyo corazón adolece de la arritmia precisa, de la medida vulnerable, de la indefensión necesaria para sucumbir ante el peligro y el estruendo. No es necesario que un terremoto venga a suprimirnos de raíz. Basta con que un trueno, en cercano estallido de la atmósfera, merezca y provoque nuestra taquicardia para que se haga mensajero implacable de la muerte. Morimos un poco en cada sobresalto; y la muerte total, aunque no sea violenta, dependerá de las veces en que las palpitaciones de nuestro corazón se hayan sobrepuesto al exterior acoso.

Hay algo, sin embargo, que diferencia sustancialmente el trasfondo de los fenómenos naturales con relación a la gran historia; mientras ocurrían los desgarrones atmosféricos, el irónico motor de una motocicleta enhebraba en la lluvia nocturna y zarcía en el mojado y furioso paisaje sin medida y sin pausa. Era un «ritornello» acústico y artístico que pudiera haber sido debido a la pronta inspiración de un Stravinsky o de un Bartok. La polifonía, arrancada con un magnetofón de su escenario natural entre la naturaleza y la mecánica, podría haber sido la vertiente artística del sonido, como en Altamira podría arrancarse de su escenario natural el arte plástico, forma rupestre capaz de explicar únicamente la antigüedad del

hombre pero nunca su identidad; curiosa aportación a la prehistoria —nunca a la historia, que es lo que importa— del ser humano. En cierto modo la situación del hombre, del ser humano actual es tal que su puesto quede equidistante y dubitativo entre la naturaleza y el motor, entre las fuerzas naturales en estado puro y aquellas otras en estado de domesticidad. Según ciertos rasgos del espíritu humano la condición del hombre de hoy será tan excluyente para el que venga luego como la del homínido de Altamira. Nadie negará lindeza a los bisontes de Altamira. Lo que queda por determinar es el resuelto artístico —es decir, inventivo y fantástico— del ser que los grabó. Los bisontes son ciertamente bisontes; lo que no es tan cierto es la capacidad recreadora que pueda atribuirse a su desconocido y primario autor. El arte está allí inserto como lo estaría en un magnetofón el ruido de una motocicleta que cabalgara sobre un trueno. Pero el arte es más que esa superposición de experiencias dispares. En el arte, todo, absolutamente todo, es creación y síntesis.

horas de tormenta

Llevamos muchas horas de tormenta en el campo, sobre todo en aquella edad de indefensión en la que el fragor y la resonancia de los rayos desgarran, de arriba abajo, el tejido sin fisura ni doblez del alma humana. La oración del campo contra las tormentas vale igual para los rayos que para los explosivos. La granizada o el rayo destructor son conjurados con la invocación, a los mismos santos, por los campesinos y por los artilleros. Los «triduos», como en los alijos de polvorín, invocan a San Marcos, a la Santa Cruz, a Santa Bárbara, palabra esta militar y artillera. En nuestra mocedad teníamos para nosotros solos el cielo estival y luminoso de los nocturnos de Leopardi. Nuestro cielo era, por lo general, sólo un plafón de estrellas; un interminable, dilatado, ahito panel de puntos luminosos, reverberantes. Mas cuando ese cielo se encapotaba, cuando dejaba de ser el de Leopardi, amanecía la voz de

augurio de la paz

Con toda seguridad, ya es suficiente la naturaleza para poner a prueba la capacidad del hombre. No es preciso ayudar a la naturaleza en su intención devoradora. Simultáneamente al siniestro de Skopje ha tenido lugar, con pocas horas de diferencia, la firma del pacto entre los Estados Unidos, Inglaterra y Rusia para eliminar las pruebas atómicas. No he tenido ocasión de leer los comentarios que ese pacto ha suscitado en todo el mundo, pero su simple enunciado ya provoca la leal adhesión, la complacencia de todos. El payés de mi tierra desafiaba a la tormenta con la guitarra, y a menudo vencía. Hasta el presente, los políticos y los dirigentes del mundo en esta década pretendían escamotear o zafarse de la tormenta po-

«Estadant», un colono sesentón vuelto de América sin más ajuar que una guitarra, y se ponía a cantar al otro lado de la tapia del jardín canciones del Caribe, con las que es cierto que alguna vez había logrado conjurar la irreversible tormenta. Recuerdo que a la alta tapia del jardín la coronaban, como un emblema del espíritu cicatero y aprovechón de aquel tiempo, guijos y cantos de vidrio de botellas, hechos punta hiriente en evitación de los que, como nosotros, considerábamos una proeza saltar al otro lado. Así escuché yo por primera vez la voz de «Estadant», voz antillana de triste repatriado, encima vegetal parlante, liana de otros climas enroscada a los troncos ilustres del abedul y del magnolio. Era aquel muro interpuesto entre el cantor y nosotros un aliado insensible del rayo, un fermento explosivo en pleno campo, un inicuo, arbitrario y, en el fondo, incauto paredón contra el cual podía la tormenta fulminarnos. «Estadant» era riguroso con sus costumbres. Bebía vino —a menudo, demasiado del vino que había en los lagares— todo el año excepto los sábados, en que se arrellanaba a empollar la curda semanal para sacar de ella la cría de la tristeza, del desaliento, de sus mitos y de sus recuerdos, y que tenía, a menudo, la virtud de desparramar en el cielo un enjambre vivísimo de estrellas. Luego, atónito ante los trasgos de la fermentación, echaba a perder el trago, por el hilillo directo de la bota. La verdad es que sólo verle ponerse en trance de apuntar al gamate con la hebra morada ya le emborrachaba a uno el ánimo. Nosotros nos arrimábamos a lo alto de la tapia, no resueltos empero a saltar al otro lado, riesgo éste más lamentable para la zurcidora que para el médico, con seguridad. Luego nos ocurrió aquello que parece ser tenido tan en cuenta, es decir: que nos hicimos hombres. Se borró de pronto la imagen de «Estadant» y nosotros, como la mayoría de los mortales, empezamos a ser retocados sin presumirlo por la farmacopea, por la filosofía y por la raíz cuadrada. Siempre más, sin embargo, habíamos de ser, a partir de aquello, seres de secano y al aire libre y siempre, sin preverlo, enconados enemigos del alevoso vidrio en las tapias rurales.

niéndose a cobijo de un árbol. La naturaleza es ya bastante destructora de por sí para que con nuestra actitud añadamos alicientes a la catástrofe. La enorme seta de Hiroshima no era buen refugio para nuestro certero —y precavido— sentido campesino. A las estrellas también se llega por la insuperable escala musical de la canción. Nada hay nuevo bajo el sol. El mundo occidental ha sufrido del espejismo de la catástrofe. No es necesario ni inevitable el hecho de que estalle una guerra. Puede llegar a estallar una paz, tan duradera como para que surjan los grandes cantores, los fecundos Homeros de la nueva Era. Puede ser que una noche, mientras la naturaleza destruye a las ciudades, un «Estadant», con una guitarra se dedique en un instante a encender los millones de estrellas, y nos subyugue a todos.